

HUYENDO

Siglo XVI, Residencia de la familia Da Silva, Estoril (Portugal)

- Isabel, ¿estás lista? Llevas más de una hora preparándote – instó desde el otro lado de la puerta María, su madre.
- Sí madre, ya salgo – respondió Isabel. En realidad hacía más de treinta minutos que estaba preparada, sin embargo, todavía no se había decidido a salir debido a que las vistas al mar azul esmeralda desde su habitación la atraían más que los espejos y pinturas que colgaban de las paredes del salón de baile.
- No entiendo que motivo la llevó a rechazar la ayuda de una criada- comentó María para sus adentros.

En ese momento Isabel apartó la vista del mar que gritaba su nombre y se dirigió hacia la puerta. Inhaló profundamente y se preparó mentalmente para las próximas tres o cuatro horas en la aburrida fiesta organizada por su madre para despedir a su padre, capitán de la carabela *Portugalia*, que partía hacia América el día siguiente.

Al abandonar su dormitorio, se encontró cara a cara con su madre, siempre tan seria y perfeccionista. Isabel sabía que era el vivo reflejo de la belleza de María. Su cara era fina y dulce y de un blanco que denotaba que nunca había tenido que trabajar en el campo. Su nariz era acorde a su cara, es decir, fina. Los labios sonrosados solían emitir una sonrisa agradable y, en esos pequeños momentos, sus blancos y alineados dientes se mostraban en todo su esplendor. Sus ojos, color miel, eran grandes y expresivos y reflejaban una melancolía inaudita en una persona que tenía todo en la vida: riquezas, palacios, comida abundante... El cabello castaño formaba una larga trenza que estaba sujeta a la parte inferior de la cabeza por unas pinzas. A diferencia de otras nobles de su época, Isabel nunca se adornaba el pelo con diademas ni cintas. Ella prefería la simpleza, la pureza máxima, al igual que su adorado mar. Para el baile, había elegido un largo vestido de color aguamarina decorado en la parte superior de su esbelto cuerpo con brocados color azul cielo a juego.

Vista de lejos y sin llegar a conocerla a fondo, se podía decir que Isabel pertenecía en cuerpo y alma a la nobleza portuguesa. Nada más lejos de la realidad. Isabel aborrecía los bailes, los banquetes y todo lo relacionado con la vida en el palacio y sus costumbres. De hecho, lo único que quería era ser libre y viajar por el mundo sin que nada importase, sólo ella y el mar. Su manera de rebelarse contra los cánones y normas impuestas en la corte era no llevar ninguna pieza de joyería ni nada similar demostrando así que era diferente, que no era como las demás. Y esto exasperaba a su madre y, en menor medida, a su padre.

Nadie tenía idea alguna sobre sus deseos más profundos. Sus ganas de viajar siempre las había mantenido en secreto. Isabel desconocía las consecuencias que supondrían recorrer el mundo dejándose guiar por su instinto pero prefería no llegar a saberlas.

Se encaminó a las escaleras que comunicaban el salón principal acompañada por su madre y su habitual reprimenda:

- Hija, ¿por qué siempre tienes que estar llamando la atención? ¿No podrías ser como las demás damas?- María agarró a Isabel por el brazo, reteniéndola en el rellano de la escalera para que no pudiese evadir su pregunta.
- No, madre. Ya sabes que no soy como las demás. ¿Por qué sigues insistiendo en que me parezca a personas cuya única preocupación en la vida es aparentar; aparentar y criticar?
- Isabel, ¡cuidado con tus palabras!- María ya empezaba a sulfurarse con las impertinencias de su hija- Ni se te ocurra volver a hablar así de la aristocracia porque, te guste o no, perteneces a ella. Y por mucho que quieras fingir lo contrario, siempre pertenecerás a ella, así que mide tus palabras y deja de decir estupideces – la exasperación se veía reflejada en los ojos de María, detalle que no pasó inadvertido para Isabel- Ahora vas a bajar allí y, por tu padre, vas parecer una dama más, educada y bella; no vas a hacer comentarios mordaces ni ninguna cosa que pueda dañar la imagen y reputación de tu padre. ¿De acuerdo?
- Sí madre- respondió Isabel con la furia reflejada en los ojos.

Respiró profundamente y comenzó a descender los peldaños, uno a uno, hasta llegar al salón de baile, repleto de gente sonriendo y bailando. Todas las personas allí reunidas dejaron de hacer lo que hasta la llegada de Isabel les preocupaba y se giraron para mirarla.

Isabel fue saludando uno a uno a todos los asistentes a la fiesta. Exhibía una amplia sonrisa y mostraba una amabilidad excesiva, tal y como le había enseñado su madre. A lo lejos vio a su padre, Joao. No parecía preocupado por su inminente marcha, todo lo contrario, reía y charlaba con sus amigos. Isabel sintió una pizca de envidia por su padre. No entendía por qué el sí podía cumplir sus sueños y ella no. Siempre se había hecho la misma pregunta y todavía no había encontrado una respuesta que la satisficiera.

Buscando una solución con la que estuviese conforme pasaron los minutos, y como consecuencia las horas. Llegando al final del convite organizado por su madre, había ideado un plan que, a sus propios ojos, era perfecto. No había prestado atención a los músicos ni a lo que tocaban. Simplemente estaba demasiado concentrada pensando la manera de huir de palacio y vivir feliz. Sin embargo, la pieza que estaban interpretando llamó su atención. Expresaba una fuerza que la animaba a seguir, a no rendirse. Desconocía si en el resto de las personas presentes en la lujosa sala producía el mismo efecto, pero se permitió disfrutar de ello, como regalo por aguantar estoicamente la noche.

Tras despedir a todos los invitados se dirigió a su habitación. Desde allí podría observar el ir y venir de las olas y deleitarse con el sonido del agua que bañaba la blanca arena de la playa sin nadie que la molestase. Sin embargo, mientras recorría el último tramo de pasillo que la separaba de su ansiada tranquilidad, alguien la agarró por el hombro. Isabel se dio la vuelta sorprendida. Al ver a su padre, decidió callar y esperar a que él dijera algo. Para su sorpresa, Joao la abrazó con fuerza, tratando de absorber cada segundo como si fuese el último. Isabel suspiró de tranquilidad. Estar con su padre era algo que le había encantado desde que era pequeña. Por desgracia, pocos habían sido los momentos en los que padre e hija habían parecido padre e hija.

- ¿Por qué suspiras?- preguntó Joao

- Por nada. Simplemente pensé que me ibas a reprender por la riña con madre.

- Hija, debes aprender a controlarte. Una dama no puede responder mal a su madre, y menos cuando le ha permitido saltarse algunas normas básicas de la nobleza.- hizo una pausa- Pero, tienes razón, no he venido por eso. Sabes que mañana inicio un largo viaje del que no sé si volveré. Por este motivo, quería darte esto. Es un pequeño recuerdo para que, pase lo que pase, siempre esté en tu memoria.- Joao le entregó un cuaderno escrito con su letra. Tras una ojeada, en la que vio páginas enteras escritas con la letra de su padre, Isabel se percató de que era el cuaderno de bitácora del primer viaje de su padre en barco.- Espero que lo disfrutes tanto como lo he hecho yo.

- Muchas gracias padre- La voz de Isabel sonó quebrada por la emoción.

Despidiéndose rápidamente de su padre, se encaminó a su habitación. Allí, sin tan siquiera quitarse el traje que tanto le incomodaba, empezó a leer el cuaderno a la luz de una vela. Después de varias hojas, decidió que iba a ejecutar su plan esa misma noche. Para ello, lo primero que debía hacer era ponerse una ropa más cómoda que le permitiese pensar mejor.

Una vez se acabó de vestir, se lavó la cara concienzudamente en un pequeño lavabo que había al lado de la ventana con un poco de agua que había cogido por la mañana. No quería que quedase ningún vestigio perteneciente a la fiesta. Se observó en el espejo situado en la parte superior del lavabo. Su rostro reflejó miedo, un miedo infundado por la incertidumbre de si su proyecto podría ser realizado sin levantar la más mínima sospecha. De repente, el miedo fue sustituido por decisión y seguridad al pensar en la posibilidad de surcar las olas y de percibir la fuerza del viento en su cara. Sin perder más tiempo cogió unas tijeras que tenía escondidas en un cajón de la cómoda desde hace años. Todavía no había tenido la oportunidad de utilizarlas pero siempre había pensado que podrían ser útiles en algún momento. Sin apenas mirarse al espejo empezó a cortar mechones de pelo, uno a uno, hasta que la longitud total fue de, aproximadamente, cinco dedos. Fue un trabajo más duro de lo que en principio se había imaginado mas una vez concluyó su sonrisa de satisfacción era indescriptible. Se observó en el espejo. Al principio, se asombró de que el pelo no le llegase siquiera a tapar las orejas. Empezó a recordar a los marineros jóvenes que veía desde su

habitación y su pelo no superaba las orejas en la mayoría de casos por lo que su parecido entre ellos y ella era más cercano

Siguió pensando en qué más podía hacer para parecerse a un plebeyo. Movida por un impulso bajó corriendo a la cocina, cogió un cuchillo y subió más rápido aún. Por suerte, nadie la había visto ni oído, lo que en ese palacio era bastante complicado debido a que estaba atestado de guardias, mayordomos y criados. A pesar de la imprudencia de su acto, Isabel no podía parar de sonreír. Agarró con fuerza el cuchillo y se hizo un corte en el antebrazo izquierdo. Al ver como fluía la sangre pensó en cuántas heridas parecidas a la suya habían padecido los jóvenes de a pie, cuyas vidas se alejaban de ser sencillas. Decidió hacerse un par más en la mano izquierda y luego pasó al otro brazo, en el que se infligió cerca de siete cortes repartidos entre la mano, el antebrazo y la zona próxima al hombro. En ese momento cogió un trozo de un vestido viejo y lo utilizó para limpiarse los cortes. Por último, realizó otra incisión en la pierna izquierda, a la altura de la rodilla. Estaba segura de que sus cortes parecían demasiado recientes aunque si no tenía ninguna herida iba a levantar más sospechas. Observando la cicatrización de sus incisiones cayó en un sueño poco profundo.

Iba despuntando el alba cuando Isabel se despertó. Nada más abrir los ojos estaba un poco confusa al ver el cuchillo y el trapo lleno de sangre a su lado aunque poco a poco se fue acordando de todo lo que había hecho por la noche. Al mirar por la ventana y ver los colores ocres del alba reflejados en el cielo su corazón se agitó. Su padre partía al amanecer y quedaba poco para ello. Apenas tenía unos minutos para vestirse, evadir la seguridad del palacio y embarcar en la carabela de su padre.

Rebuscó en el armario afanosamente y encontró una camisa blanca y holgada que solía utilizar para dormir y que le serviría para ocultar su cuerpo de mujer. Poco después dio con unos pantalones negros hasta los tobillos y unas botas viejas que le había regalado su padre unos años atrás tras volver de un viaje. En esa época no le valían pero ahora ella había crecido y le quedaban ajustadas, perfectas para iniciar un viaje seguramente sin retorno. Se puso toda la ropa lo más rápido que pudo y miró por la ventana. Desde allí podía ver la carabela *Portugalia*. Ya faltaba poco para poder partir en ella.

Sin demorarse más salió de su habitación y se dirigió raudamente hacia la puerta que comunicaba con los conductos que empleaban los sirvientes. Con el ajetreo y un poco de suerte nadie se fijaría en ella. Por este motivo le pareció la decisión más acertada. Cuando sintió el aire fresco de la mañana según salía por la puerta de servicio, su corazón dio un vuelco. Sólo faltaban unos metros y sería libre. Esos últimos pasos los dio con decisión, sin darse la vuelta. En el momento en el que pisó el empedrado de la calle, empezó a correr en dirección a la carabela.

Un minuto después, lo que antes era una visión más o menos lejana, se convirtió en una realidad muy próxima. Delante de ella tenía el majestuoso barco de su padre. Sus blancas velas estaban recogidas, aguardando a que la tripulación y la mercancía terminase de subir a bordo. Observó a unos marineros enrolarse en el barco de su padre, sin tener que entregar ningún papel específico. Suspiró para sus adentros: "Menos mal...". No había pensado en que se necesitase algo en particular. Sabía que su padre no elegía los marineros de a pie hasta el día de salida, lo que era le era de gran ayuda. Lo único que hacía era una estimación de las personas que iba a necesitar y esperaba a que se llenase el cupo. Isabel debía darse prisa si quería embarcar en el navío de su padre. Justo cuando estaba a punto de recorrer el puente que unía el suelo con la cubierta principal apareció su padre, vestido con un magnífico traje en el que resaltaba el escudo de la familia Da Silva, una carabela surcando las aguas del Océano Atlántico coronada por dos espadas entrecruzadas. Isabel se asustó. Ni en sus peores imaginaciones había pensado que se tendría que enfrentar a su padre tan pronto.

En el momento en el que iba a darse la vuelta y huir oyó una voz grave a su espalda: "¿Piensas subir en algún momento o te vas a quedar ahí parado como un pasmarote?". Temblando por el miedo, Isabel se dio la vuelta. Al mirarle a la cara observó que el chico no debía ser mayor que ella, como mucho uno o dos años. Sonrió tímidamente y empezó a subir el puente. Antes de llegar al final, cerró los ojos, inspiró profundamente percibiendo el salitre y se armó de valor. Abrió los ojos y recorrió el tramo restante con paso firme. Al acercarse a la cubierta principal, su padre la saludó sin reconocerla:

- Buenos días- dijo Joao – Soy Joao Da Silva, capitán de este navío y éste es Felipe Oliveira, mi mano derecha.
- Buenos días. Mi nombre es Vasco Duarte – Isabel pronunció estas palabras intentando que su voz sonase lo más grave posible. Sabía que tendría que mantener un timbre parecido durante todo el viaje – He venido para alistarme en su barco. ¿Sería posible?- La cara de asombro de Joao ante tal muestra de educación hizo que Isabel se reprendiese por haber actuado de forma tan arriesgada y poco meditada. Desde ese momento tenía que rebajar su lenguaje para pasar desapercibida.
- Claro – dijo Joao titubeando un poco – Solamente necesitamos saber de dónde procedes y tu edad.
- Soy lisboeta y tengo diecisiete años.
- ¿Has navegado alguna vez?- preguntó Felipe
- No, es mi primera vez. Mi casa se quemó y me quedé sin ...
- Vale, vale. Pareces bastante ágil. Serás el encargado de la vela de trinquete junto a un par más que ha venido hace poco. Ya está todo en regla, pasa. - Le interrumpió Joao, haciéndose a un lado para que pudiese subir a bordo

“Recuerda entrar con el pie derecho” se repetía una y otra vez Isabel. Y así lo hizo. Una vez a bordo se giró para ver el que, hasta ese momento, era su hogar. La visión de su casa en lo alto del acantilado, desafiando a la fuerza del mar, provocó un sentimiento de nostalgia repentina. Ya no volvería a ver a su madre, ni siquiera se había despedido de ella, y, en parte, tampoco a su padre. La misma voz grave de antes la sacó de su ensimismamiento:

- Conque no tienes nada
- Eh... - dudó Isabel un segundo. No se esperaba que nadie hablase con ella – Sí. Lo perdí todo, a mi familia también- en ese instante Isabel tuvo que bajar la cabeza. Mentir no le resultaba muy agradable.
- Lo siento mucho. También siento decirte que aquí no hay excusa que valga.
- Ya me he dado cuenta – comentó Isabel mientras esbozaba una sonrisa.
- Sí, la verdad es que ha sido un poco brusco.
- Oye, ¿tú por qué decidiste enrolarte en este barco?- preguntó Isabel nerviosa.
- Hay que llevar comida a la familia.
- ¿Es muy numerosa?- el chico se sorprendió- Digo tu familia... - aclaró titubeando.

Antes de que él pudiese responder, una voz profunda anunció que cada tripulante debía acudir a su puesto para poder iniciar las maniobras de salida. Isabel corrió hacia la vela de trinquete, la más cercana a la proa. Por suerte su padre le había enseñado lo básico sobre barcos a espaldas de su madre. Por este motivo, Isabel sabía que hasta que no se hiciesen en alta mar no podían izar las velas así que esperó hasta que diesen la orden.

Cuando ya habían salido completamente del puerto, llegó la ansiada orden. Isabel se encaramó hasta la verga con cierta dificultad y empezó a desatar la vela poco a poco. Junto con los otros dos marinos encargados de la misma tarea, apenas tardaron treinta segundos en conseguir izar la vela. Ya sólo faltaba bajar a la cubierta.

En el instante en que iba a iniciar el descenso, Isabel vislumbró su casa alejándose poco a poco. Experimentó una sensación extraña, como una premonición, que le anunciaba que no volvería a pisar los suelos del palacio en el que había crecido. A pesar de que aborrecía la vida entre esas paredes, se dio cuenta de que la iba a echar de menos. Sin olvidar lo que había sentido, llegó a cubierta, donde había un gran ajetreo de marinos yendo y viniendo.

- Antes no me había presentado- le sorprendió la misma voz de antes – Soy Nuno Aveiro – dijo extendiendo la mano derecha.
- Vasco Duarte – se presentó Isabel, apretando a su vez la mano que le extendía Nuno.

Así pasaron los días, uno a uno, e Isabel disfrutaba cada uno de ellos como si fuera el último, hasta aquel fatídico día. Llevaba lloviendo días enteros por lo que, aparte de izar y arriar las velas, Isabel se pasaba las horas achicando el agua de la cubierta. La tripulación se despertó alarmada por el estruendo de un trueno. La mayoría salieron corriendo a la cubierta principal. Los desperfectos provocados por el rayo eran peores de lo que se podían haber imaginado al inicio de su viaje.

El rayo había incidido en la parte inferior del mástil mayor, dañándolo severamente y haciendo un boquete en la cubierta. Joao, el capitán, fue el primero en reaccionar:

- Empiecen a achicar el agua. ¡No dejen que el barco se inunde!

Antes de que pudiesen cumplir sus órdenes, la base del mástil mayor, debilitada por el rayo, se partió y cayó fuertemente en la popa del barco, extendiendo el agujero por toda la cubierta. Los gritos de la tripulación al caer al agua eran espeluznantes. Sus chillidos pidiendo auxilio rompían el monótono sonido de la lluvia. Entre las personas que estaban en el agua, Isabel vio a Nuno, luchando contra la fuerza del mar para no ahogarse. La desesperación en la cara de Nuno hizo trizas a Isabel. Su estómago se revolvió.

Otro rayo cruzó el cielo e incidió directamente en el mascarón de proa, destruyendo por completo la figura esculpida en madera y haciendo pedazos la proa. Los marineros iban cayendo al mar y los que quedaban en la cubierta, se hundían a la vez que la carabela. Isabel empezó a dar vueltas buscando afanosamente a su padre. Joao estaba a escasos metros de ella, inmovilizado por la masacre que se cernía alrededor suyo.

Si quería salvar a su padre, Isabel debía actuar rápido ya que él no reaccionaba. Corrió hacia su dirección, esquivando los punzantes trozos de madera que despuntaban en la cubierta. El mástil de trinquete empezaba a ladearse cuando Isabel alcanzó a su padre. La presión de su mano consiguió despertar a Joao que la siguió hasta lo que quedaba de borda izquierda la cual sobresalía menos que la derecha debido a que el navío se estaba ladeando. Allí había un trozo de madera en un estado más o menos aceptable. Como la cubierta quedaba a la altura del agua, Isabel consiguió colocar el madero sobre la superficie del mar y acto seguido obligó a su padre a agarrarse a él.

Isabel echó una mirada a su alrededor, el fuego provocado por los rayos estaba quemando toda la carabela y se acercaba peligrosamente a ella. Tenía que salir de allí. El agua ya le llegaba hasta las rodillas. Levantó el pie derecho para saltar pero notó como algo se le impedía. Se palpó rápidamente el tobillo y comprobó que se le había enganchado con una cuerda. Intentó tirar de ella mas estaba fuertemente atada al mástil de trinquete, el cual resistía las embestidas de las olas y parecía no querer ceder ante ellas. Estaba atrapada, y con ella su padre si no empujaba el madero:

- Joao, dile a María que, por mucho que me enfade con ella, la quiero – Isabel pronunció estas palabras mientras empujaba lejos el madero.

Las declaraciones de Isabel hicieron que su padre la mirase fijamente y se diese cuenta de que el chico que se hacía llamar Vasco Duarte era su hija, su querida hija:

- ¡Isabel! ¡Hija!- gritó su padre mientras intentaba agarrar a su hija a pesar de que las corrientes le estaban alejando de ella.

- Adiós padre, adiós – dijo Isabel mientras su serena voz se perdía en las profundidades del mar.